

ANEXO DE TEXTOS LITERARIOS

Homero, *Odisea XI*: 12-224

Escena nigromántica de la odisea de Homero, en la cual Odiseo consulta su porvenir al fantasma del Adivino Tiresias tras haber recibido instrucciones de la bruja Circe para realizar el ritual.

“... se ocultaba ya el sol y extendíase la sombra en las calles cuando el barco llegaba al confín del océano profundo.

Allí está la ciudad y el país de los hombres cimerios, siempre envueltos en nubes y en bruma, que el sol fulgurante desde arriba jamás con sus rayos los mira ni cuando encamina sus pasos al cielo cuajado de estrellas ni al volver nuevamente a la tierra del cielo: tan sólo una noche mortal sobre aquellos cuitados se cierne. Arribado que hubimos, varamos la nave. Sacando el ganado, seguimos a pie costeando el océano y llegamos por fin al lugar señalado por Circe.

Perimedes y Euríloco, entonces, cogieron las reses mientras yo desnudaba del flanco el agudo cuchillo y excavaba una fosa de un codo de anchura; libamos allí mismo al común de los muertos primero de todo derramándoles leche con miel y después vino dulce, finalmente agua pura. Esparcida la cándida harina, imploré largamente a los muertos, cabezas sin brío, prometiendo inmolarles en casa una vaca infecunda, la mejor que se hallase al volver al país de mis padres, y colmarles la pira de ofrendas y aparte a Tiresias un carnero de negros vellones, la flor de mis greyes. Mas después de aplacar con plegarias y votos las turbas de los muertos, tomando las reses cortéles el cuello sobre el hoyo. Corría negra sangre. Del Érebo entonces se reunieron surgiendo las almas privadas de vida, desposadas, mancebos, ancianos con mil pesadumbres, tiernas jóvenes idas allá con la pena primera; muchos hombres heridos por lanza de bronce, guerreros que dejaron su vida en la lid con sus armas sangrantes. Se acercaban en gran multitud, cada cual por un lado con clamor horroroso. Yo, presa de lívido miedo, ordené a mis amigos que al punto cogiendo las reses que por bronce cruel degolladas yacían en el suelo, las quemaran

quitada la piel invocando a los dioses, al intrépido Hades, la horrible Perséfone. A un tiempo, del costado sacando otra vez el agudo cuchillo, me quedé conteniendo a los muertos, cabezas sin brío, sin dejarles llegar a la sangre hasta hablar con Tiresias.

Presentóseme el alma, primero, de Elpénor, mi amigo, todavía sin cubrir por la tierra de vías anchurosas, pues habíamos dejado su cuerpo en las salas de Circe insepulto y sin duelos: el nuevo quehacer nos urgía. Brotó el llanto en mis ojos al verle, apiadóse mi alma y, dejándome oír en aladas palabras, le dije: “¿Cómo fue tu venida, oh Elpénor, al lóbrego ocaso? ¿Has corrido tú a pie más que yo con mi negro navío?”

Tal hablé, y él, rompiendo a gemir, contestó de este modo: “¡Oh Laertiada, retoño de Zeus, Ulises mañero! Me perdieron mi suerte fatal y el exceso de vino: acostado en los altos de Circe, no puse cuidado en bajar nuevamente buscando la gran escalera; de cabeza caí del terrado, doblóseme el cuello, me rompí la cerviz y mi alma bajó a las mansiones tenebrosas del Hades. Te imploro por todos los tuyos que quedaron allá, por la esposa y el padre que un tiempo de tu infancia cuidó, por Telémaco, el hijo a quien solo has dejado en tu hogar; yo bien sé que tu sólida nave desde aquí pondrá rumbo otra vez al islote de Eea: al llegar, ¡oh mi rey!, haz memoria de mí, te lo ruego, no me dejes allí en soledad, sin sepulcro y sin llanto, no te vaya mi mal a traer el rencor de los dioses. Incinera mi cuerpo vestido de todas mis armas y levanta una tumba a la orilla del mar espumante que de mí, desgraciado, refiera a las gentes futuras; presta oído a mi súplica y alza en el túmulo el remo con que vivo remé compañero de todos los tuyos.”

Tal Elpénor habló y, a mi vez, replicándole dije: “Cuanto has dicho, infeliz, cumpliré por mí mismo sin falta.”

De este modo estuvimos cambiando dolientes palabras, mientras yo protegía con mi espada la sangre y la sombra de mi amigo seguía al otro lado sus largas razones.

Mas entonces el alma llegó de mi madre difunta, de Anticlea, que engendrara el magnánimo Autólico. Viva la dejé en mi mansión al salir para Troya sagrada; brotó el llanto en mis ojos al verla, inundóseme el pecho de dolor; mas con toda mi pena impedíle, asimismo, a la sangre llegar mientras yo no escuchase a Tiresias.

Acercóseme el alma por fin de Tiresias tebano con un cetro de oro. Al notar mi presencia me dijo: “¡Oh Laertíada, retoño de Zeus, Ulises mañero! ¿Cómo ha sido, infeliz, que, a la luz renunciando del día, has venido los muertos a ver y el lugar sin contento? Mas aparta del hoyo, retira el agudo cuchillo, que yo pueda la sangre beber y decir mis verdades.”

Tal habló, me aparté y, embutiendo en la vaina mi espada de tachones de plata, dejéle beber negra sangre de la fosa y entonces me dijo el perfecto adivino: “Claro Ulises, en ansias estás de tu dulce regreso, pero un dios te lo va a hacer penoso. No pienso que olvide el que bate la tierra las iras que puso en su pecho al entrar en furor contra ti, que cegaste a su hijo; mas con todo, entre muchos trabajos vendréis a la patria si decides tu gusto frenar y el ardor de tus hombres. Una vez atracada tu sólida nave en la isla de Trinacia después de escapar a las cárdenas aguas, unas vacas pastando verás entre recias ovejas: son del Sol, el que todo lo mira, el que todo lo escucha. Si a esas reses respetas, atento tan sólo al regreso, a la patria podréis arribar aun con grandes trabajos; mas si en algo las dañas, entonces predigo ruina para ti, tu bajel y tu gente. Y si tú la esquivases, irás tarde, en desgracia, con muerte de todos los tuyos, sobre nave extranjera y allí encontrarás nuevos males: unos hombres que henchidos de orgullo te comen los bienes pretendiendo a tu esposa sin par con ofertas de dotes. Verdad es que al llegar vengarás sus violencias; mas luego que a los fieros galanes des muerte en tus salas, ya sea por astucia, ya en lucha leal con el filo del bronce, toma al punto en tus manos un remo y emprende el camino hasta hallar unos hombres que ignoren el mar y no coman alimento ninguno salado, ni sepan tampoco de las naves de flancos purpúreos ni entiendan los remos de expedito manejo que el barco convierte en sus alas. Una clara señal te daré, bien habrás de entenderla: cuando un día te encuentres al paso con un caminante que te hable del biello que llevas al hombro robusto, clava al punto en la tierra tu remo ligero y ofrece al real Posidón sacrificios de reses hermosas, un carnero y un toro, un montés cubridor de marranas; luego vuelve a tu hogar, donde harás oblación de hecatombes uno a uno a los dioses eternos que pueblan el cielo anchuroso; librado del mar, llegará a ti la muerte, pero blanda y suave, acabada tu vida en la calma de lozana vejez; entretanto tus gentes en torno venturosas serán. Éstas son las verdades que anuncio.”

De este modo me habló y, a mi vez, contestándole dije: “¡Oh Tiresias! Sin duda los dioses así lo han tejido, pero ahora pon mente a mi ruego y explica esto otro: pues el alma aparéceme allí de mi madre difunta, que, apostada en silencio, cercana a la sangre, rehúsa contemplarme de frente y hablar con su hijo. ¿Qué medio podré, oh príncipe, hallar de que sepa quién soy?” Tal le dije.

Sin hacerse esperar contestó de este modo Tiresias: “Fácil es la respuesta y habrás de guardarla en tu mente: de los muertos aquel que tú dejes llegar a la sangre te dirá sus verdades y aquel a quien no lo permitas te dará las espaldas y atrás volverá su camino.”

De esta suerte acabó sus presagios el alma del prócer agorero y al fondo se entró de las casas de Hades, mientras yo quedé firme esperando que fuera mi madre a beber de la sangre sombría. Notándome al punto y de lástima llena, me dijo en aladas palabras: “¿Cómo fue tu llegada, hijo mío, al país de las brumas, vivo aún? El paraje es difícil de ver por los vivos, porque hay en mitad grandes ríos, tremendas corrientes, el océano, ante todo, que a nadie de cierto es posible de otro modo pasar que teniendo una sólida nave. ¿Por ventura has venido de Troya tras ir largo tiempo errabundo con nave y con hombres? ¿Y así ni en las playas atracaste por Ítaca aún ni a tu esposa en las salas viste más?”

[Ulises le pregunta a su madre cómo murió; ella le responde que fue la añoranza que sentía por él lo que acertó su vida]

Dijo así, mientras yo por mi parte, cediendo a mi impulso, quise al alma llegar de mi madre difunta. Tres veces a su encuentro avancé, pues mi amor me llevaba a abrazarla, y las tres, a manera de ensueño o de sombra, escapóse de mis brazos. Agudo dolor se me alzaba en el pecho y, dejándome oír, la invoqué con aladas palabras: “Madre mía, ¿por qué no esperar cuando quiero alcanzarte y que, aun dentro del Hades, echando uno al otro los brazos nos saciemos los dos del placer de los rudos sollozos? ¿O una imagen es esto, no más, que Perséfone augusta por delante lanzó para hacerme llorar con más duelo?”

Dije así y al momento repuso la reina mi madre: “Hijo mío, ¡ay de mí!, desgraciado entre todos los hombres, no te engaña de cierto Perséfone, prole de Zeus, porque es esa por sí condición de los muertos: no tienen los tendones cogidos ya allí su esqueleto y sus carnes, ya que todo deshecho quedó por la fuerza ardorosa e implacable del fuego, al perderse el aliento en los miembros; sólo el alma, escapando a manera de sueño, revuela

por un lado y por otro. Mas vuelve a la luz sin demora, que esto todo le puedas contar a tu esposa algún día.”

Ed: Gredos (2ª Ed.). Trad. J. M. Pabón.

Esquilo, *Los Persas*: 607-699

Escena de nigromancia de la tragedia griega *Los Persas* de Esquilo. Tras recibir la noticia de la derrota de Salamina (480 a. C), la reina madre Atosa intenta comunicarse con su esposo fallecido, el rey Darío, para pedirle consejo.

“REINA. - ...Por eso salí de palacio de nuevo y emprendí este camino sin carro, sin mi antiguo esplendor, llevándole al padre de mi hijo libaciones que nos lo hagan propicio, ofrendas que aplacan a los muertos: la dulce leche blanca de una vaca sin señal de yugo; el licor de la obrera que trabaja en las flores: la muy brillante miel rociada con agua corriente de una fuente virgen; la bebida pura nacida de una madre salvaje: esta alegría de una vid añosa; el fruto oloroso de la verde oliva frondosa, de vida perenne en sus hojas; y flores trenzadas nacidas de la tierra que todos los frutos produce.

Ea, amigos míos, sobre estas libaciones que ofrezco a los muertos, entonad himnos y llamad aquí arriba al divino Darío, que yo enviaré estas ofrendas que bebe la tierra en honor de los dioses subterráneos.

(Mientras el Coro empieza a cantar, la Reina, con sus sirvientas, se dirige a la tumba de Darío.)

CORO. - *Mujer, tú que eres Reina, persona venerable para los persas, envía libaciones a las cámaras que tiene tu esposo bajo la tierra, que nosotros rogaremos con himnos que nos sean favorables los guías subterráneos que tienen los muertos.*

¡Ea, sagradas deidades subterráneas: Tierra, Hermes y tú, Rey de los muertos, enviad desde abajo un alma a la luz! Pues, si algún ventajoso remedio de nuestras desdichas conoce, sólo él entre los mortales podría decirnos el fin que tendrán.

(El Coro canta acompañando con la acción sus palabras.)

Estrofa 1.^a

¿Me oyes, Rey como un dios que alcanzaste la dicha, cuando pronuncie las claras palabras en lengua bárbara con múltiples tonos, lúgubres, de triste sonido?

A pleno pulmón yo voy a gritar mis dolores por tanto infortunio.

¿Me estará oyendo desde allá abajo?

Antístrofa 1.^a

¡Ea, tú, Tierra, y vosotros también, los que sois los demás soberanos de las subterráneas regiones; permitid que salga de sus moradas la gloriosa deidad, el dios de los persas que en Susa nació! ¡Enviad aquí arriba a quien es cual ninguno la tierra de Persia había tenido jamás en su seno!

Estrofa 2.^a

Amado es nuestro héroe, amada, sí, su tumba, porque encierra la forma de ser que nos es amada.

Edoneo, tú que haces que suban a la luz las almas de los muertos, Edoneo, permite que suba hasta aquí el divino soberano Darío. ¡Eh! ¡Eh!

Antístrofa 2.^a

Pues nunca llevó hombres a la muerte con locuras que matan mediante la guerra.

Inspirado de un dios le llamaban los persas e inspirado de un dios él lo era, pues así conducía el timón del ejército. ¡Ah! ¡Ah!

Estrofa 3.^a

¡Rey, antiguo Rey, ea, llégate! ¡Ven hasta el punto más alto de la tumba! ¡Alza la sandalia azafranada de tu regio pie y haz que brille el botón de tu tiara! ¡Ven, Darío, tú, que, como un padre, nunca hiciste daño! ¡Oh!

Antístrofa 3.^a

Para oír los recientes dolores, comunes a todo el país, ¡aparece, Señor de señores!
Porque una bruma propia de Éstige ha sobrevolado y la juventud de nuestro país toda ha
perecido. ¡Ven, Darío, tú, que como un padre, nunca hiciste daño! ¡Oh!

Épodo

¡Ay, ay! ¡Ay, ay!

*¡Oh tú, que, al morir, fuiste muy llorado por tus amigos! † ¿Por qué, Señor, Señor,
este doble error digno de doble lamento para todo este país tuyo? †: «Se han perdido
las naves de tres bancos de remos. ¡Ya no hay naves, ya no, ya no hay naves!»*

(La Sombra de Darío aparece encima de la tumba.)

SOMBRA. - ¡Oh fieles entre fieles, compañeros que fuisteis de mi juventud, ancianos
de Persia, ¿qué sufrimientos padece la ciudad? Gime y se golpea en señal de duelo, y
hasta el suelo se abre. Siento espanto de ver a mi esposa cerca de mi tumba, mas sus
libaciones propicio acepté. Y vosotros estáis al lado del túmulo cantando canciones de
duelo y, alzando gemidos que atraen a las almas, llamándome estáis con voz lastimera.

No es fácil salir: sobre todo porque las deidades que tienen poder bajo tierra más
prontas están a coger que a soltar. Sin embargo ejercí mi influencia sobre ellas y he venido
aquí. Date prisa, con el fin de que yo no merezca reproche en el uso del tiempo. ¿Qué
grave, reciente desgracia padecen los persas?

CORO.

Estrofa.

*No me atrevo a mirarte de frente, no me atrevo a hablar ante ti, por el temor piadoso
que antaño me inspirabas.*

SOMBRA. - Pero, ya que he venido de abajo siendo obediente a tus gemidos, sin
hacer un relato prolijo, sino con brevedad, habla y da fin a tu informe completo,
prescindiendo del respeto hacia mí.

*[El Coro queda asustado para hablar; entonces el fantasma se vuelve a Atosa, quien
le cuenta las noticias de la derrota de los persas. Darío culpa sólo a su hijo Jerjes,
mientras Atosa también considera responsables a sus consejeros. El Coro entonces pide
al fantasma consejo, y él se lo da: no atacar Grecia nuevamente. Después de instar a
Atosa a ser bondadosa y compasiva con su hijo derrotado «parte a la oscuridad bajo la
tierra» (v. 839).]*

Heródoto *Historia* V: 5.92

Fragmento del libro V de Heródoto en el cual se narra cómo el tirano Periandro de Corinto realizó una expedición al *nekuomanteion* del Aqueronte para realizar una consulta a su fallecida esposa Melisa acerca de la ubicación de un tesoro.

“«[...] Sin embargo, Periandro comprendió el comportamiento de Trasíbulo y se percató de que le aconsejaba asesinar a los ciudadanos más destacados; de manera que, a partir de entonces, hizo gala, contra los corintios, de la crueldad más absoluta, pues todo aquello que el despotismo asesino y persecutorio de Cípselo había dejado intacto, lo remató Periandro.

Y por cierto que, en un solo día, hizo que se desnudaran todas las mujeres de Corinto para propiciarse a su esposa Melisa. Resulta que había enviado emisarios a orillas del río Aqueronte, en el país de los Tesprotos, para formular a su mujer una consulta, en el lugar en que se invoca a los muertos, a propósito de cierta suma de dinero que le había dejado en depósito un huésped; pero, una vez que se hubo aparecido, Melisa se negó a darle una pista y a revelarle en qué lugar se hallaba la suma de dinero, pues tenía frío — dijo— y estaba desnuda, ya que los vestidos que su marido había enterrado con ella no le servían para nada por no haber sido incinerados. Y, para demostrar a Periandro que lo que decía era verdad, le indicó que él había introducido sus panes en el horno frío.

Cuando, al regreso de los emisarios, le fue transmitida a Periandro esta respuesta (en ese sentido, la prueba aducida le resultaba convincente, puesto que se había unido carnalmente a Melisa cuando ésta era ya cadáver), nada más, insisto, recibir el mensaje, lanzó un bando para que todas las mujeres de Corinto se dirigieran al templo de Hera. Como es natural, ellas acudieron, luciendo sus mejores galas, como si se tratase de una fiesta. Pero Periandro, que había apostado subrepticamente a sus guardias, hizo que, sin excepción alguna, todas ellas — tanto las mujeres libres como las sirvientas — se

desnudaran; y acto seguido mandó incinerar los vestidos, que había hecho reunir en una fosa, al tiempo que dirigía una plegaria a Melisa. Hecho esto, envió nuevos consultores y el espectro de Melisa le indicó el lugar en que había depositado la suma de dinero que le confiara su huésped.

En esto — enteraos bien— consiste la tiranía, lacedemonios, y a tales extremos llega. A nosotros, los corintios, nos invadió desde el principio una profunda extrañeza al ver que hacíais venir a Hipias; pero lo cierto es que en estos momentos nuestra extrañeza es mayor, si cabe, ante vuestras manifestaciones, por lo que os suplicamos, en el nombre de los dioses de Grecia, que no establezcáis tiranías en las ciudades. ¿Que no desistiréis, sino que, contra toda justicia, haréis lo posible por propiciar el regreso de Hipias? Pues tened presente que los corintios, desde luego, no están de acuerdo con vosotros.»

Ed: Gredos. Trad. Carlos Schrader.

Lucano *Farsalia* VI, 413-830

Pasaje de la *Farsalia* de Lucano en el que Pompeyo (hijo de Pompeyo Magno) consulta a la bruja Ericto sobre su destino tras la batalla de Farsalia. Ésta realiza un complejo ritual de reanimación sobre un soldado abatido en la batalla para que les informe de su porvenir.

“La aborda primero el cobarde vástago de Pompeyo: «¡Oh gloria de las hemónidas, que puedes revelar a los pueblos su destino y desviar de su curso los sucesos venideros!: te suplico que se me permita conocer con certeza el final que prepara la fortuna de la guerra. No soy el último escalón del populacho romano yo, retoño esclarecido del Magno, futuro dueño del mundo o heredero de tan inmensa calamidad. Mi espíritu, perturbado por la incertidumbre, tiembla, mas está, en cambio, dispuesto a sobrellevar los temores bien fundados: quita al azar el derecho de desplomarse súbito e imprevisto sobre mí. O violenta a las divinidades o bien prescinde tú de los dioses y sácales la verdad a los manes. Descorre las moradas elíseas y, haciendo venir a la propia muerte, oblígala a confesarme, a quiénes de nosotros reclama. No es un trabajo de poca monta: es cosa digna que te

ocupes de indagar, incluso en tu propio interés, hacia dónde bascula el dado de un destino tan importante». La impía tesalia se alegra de que se: haya difundido el renombre de su fama y le replica a su vez: «Si trataras de remover destinos menos importantes, fácil sería, mozo, contar con los dioses, aun a pesar suyo, para las acciones que tú quisieras. Se le concede a nuestra arte mágica, cuando los planetas han apremiado con sus rayos la muerte de una persona, introducir aplazamientos; y, aunque todas las estrellas hayan decidido que llegue a vieja, truncamos con nuestras yerbas sus años en la mitad de su vida. En cambio, cuando la serie de las causas proviene de los comienzos del mundo, y todos los destinos padecen si se quiere hacer algún cambio, y bajo un solo golpe se ve afectado el conjunto de la humanidad, entonces - lo confesamos la turba de las tesalias - la Fortuna puede más. Mas, si te contentas con saber de antemano los acontecimientos, fáciles, a más de numerosos, serán los accesos abiertos hacia la verdad: la tierra, el éter, el caos, los mares, y también las llanuras y los peñascos de Ródope nos hablarán. Pero lo más fácil, al haber tan gran abundancia de la reciente carnicería, es poner en pie un cuerpo en las campiñas de Ematia, de manera que la boca del cadáver recién muerto y todavía caliente resuene a plena voz, en vez de una fúnebre sombra que, con sus miembros ya calcinados por el sol, farfalle estridencias ininteligibles a nuestros oídos».

Terminó de hablar y, duplicando con su magia las tinieblas de la noche, cubierta su macabra cabeza con escuálida nuble, merodea entre los cuerpos de los muertos allí tirados, carentes de sepultura. Al punto huyeron los lobos, huyeron las aves de rapiña, sin saciarse, retrayendo sus garras, mientras la tesalia elige a su adivino y, escrutando las medulas heladas por la muerte, encuentra las fibras de un pulmón que se mantiene rígido sin trazas de herida y busca la voz en ese cuerpo difunto. Los destinos de numerosos guerreros muertos están ahora pendientes de a quién decidirá ella retomar al mundo de los vivos. Si hubiera tratado de levantar en las llanuras a todas las tropas y devolverlas a la guerra, habrían cedido las leyes del Erebo y, por la fuerza de tal portentoso, se habría puesto a combatir una multitud sacada del Averno estigio. Por fin, se lleva con una cuerda al cuello el cuerpo elegido y, con un garfio prendido a los fúnebres lazos, por riscos y peñas arrastra al mísero cadáver destinado a volver a la vida y lo coloca bajo el alto peñascal de un monte cavernoso, que la funesta Ericto había consagrado a sus ceremonias impías.

Descendiendo hasta cerca de las tenebrosas cavernas de Plutón, se hunde en un abismo el terreno, cuyos bordes oprime un bosque desvaído de ramas inclinadas hacia el

vacío, y el tejo, que ni siquiera por su copa se asoma al cielo ni deja pasar los, rayos del sol, lo cubre con su sombra. En el interior, las mortecinas tinieblas y el moho oriniento, debido a la larga noche que reina en las oquedades, no se iluminan jamás si no es por obra de un encantamiento. Ni en las gargantas de Ténaro se asienta un aire tan estancado; es el lúgubre confín del mundo invisible y del nuestro, adonde los reyes del Tártaro no tendrían reparo en enviar a los manes. En efecto, por más que la adivina tesalia haga violencia a los hados, es dudoso si contempla las sombras estigias por haberlas atraído hasta allí o por haber bajado hasta ellas. Viste un atuendo abigarrado y parecido al de las Furias por su vistosa capa, descubre su rostro echándose atrás los mechones y anuda su encrespada cabellera con guirnaldas de víboras. Cuando ve asustados, a los compañeros del joven Sexto y a él mismo tembloroso y con los ojos desencajados en un pálido semblante, les dice: «Deponed los temores que albergáis en vuestro medroso corazón: al punto, al punto le será devuelta una nueva vida con sus verdaderas facciones, de modo que incluso los más amedrentados puedan oírle hablar. Pero si yo puedo mostraros la laguna Estigia y su ribera crepitante de llamas, si, merced a mí, podéis ver a las Euménides y al Cérbero sacudiendo su cuello enmelenado de culebras y a los gigantes con cadenas en su espaldas, ¿qué temor es ese, cobardes, de ver a los manes que a su vez me tienen miedo?»

Entonces, lo primero, llena de sangre hirviente el pecho, tras abrirlo con nuevas heridas, limpia de podre las medulas y le suministra copiosamente virus lunar. A éste se mezcla todo lo que ha producido la naturaleza en parto monstruoso: no faltó la espuma de perros hidrófobos, ni las vísceras del linco, ni la vértebra nodal de la dura hiena, ni las medulas de ciervo engordadas con carne de serpiente, ni la rémora que detiene la nave en medio de las aguas aunque el euro ponga tensos los cables, ni ojos de dragones, ni las piedras que suenan entibiadas debajo del águila en periodo de incubación, ni la serpiente voladora de los árabes y la víbora nacida en el Mar Rojo, guardiana de la concha preciosa, o la piel, arrancada en vivo, de la cerasta líbica, o las cenizas del fénix colocado en un ara oriental. Una vez que hubo mezclado así estas ponzoñas vulgares y que tienen cada una su nombre, añadió hojas empapadas en un filtro nefando y yerbas a las que, al nacer, escupió su boca siniestra, y cuantos venenos aportó ella misma al mundo. Luego, su voz, más poderosa que todas las yerbas para conjurar a los dioses infernales, emite primero confusos murmullos disonantes y muy diferentes del lenguaje humano. Contiene aquella

voz los ladridos de los perros y los gemidos de los lobos, las quejumbres del búho asustadizo y del vampiro nocturno, los estridentes aullidos de las fieras y el silbido de la serpiente; expresa también los lamentos de la onda estrellada en los acantilados, el ruido de los bosques y los truenos de la nube al romperse: de tantos sonidos se formó una sola voz. Seguidamente, despliega el resto en su canto heimonio y con sus palabras penetra en el Tártaro: Euménides, que representáis lo nefando de la Estigia y los Castigos de los culpables; Caos, ansioso de confundir innumerables mundos, y tú, rey de este territorio, a quien atormenta hace largos siglos la muerte aplazada de los dioses; Estigia, y vosotros, Campos Eliseos, que ninguna tesalia se merece; Perséfone, que aborreces al cielo y a tu madre, y tú, última parte de nuestra Hécate, por medio de la cual los manes y yo mantenemos intercambios en silencioso lenguaje; tú, portero de la espaciosa morada, que desparramas nuestras vísceras ante el can sañudo, y vosotras, hermanas que tenéis que tirar por segunda vez de los hilos y tú, barquero de la onda inflamada, anciano ya cansado por las sombras que a mí retornan, escuchad mis preces. Si os invoco con labios suficientemente abominables y mancillados, si jamás entono estos conjuros sin haberme alimentado de carne humana, si a menudo he lavado con sesos calientes los pechos aún llenos de la divinidad, después de tajarlos, si todo niño cuya cabeza y vísceras deposité en vuestros platos iba a volver a la vida, obedeced a mis plegarias. No reclamamos un alma bien oculta en las profundidades del Tártaro y habituada largo tiempo a las tinieblas, sino una que aún está bajando porque acaba de huir de la luz; todavía está detenida en la primera boca del pálido Orco y, aunque preste oídos a estas yerbas mágicas, ha de llegar a los manes de una sola vez. Que la sombra de un soldado pompeyano, hasta hace poco de los nuestros, le revele todo al hijo de su general, sí es que las guerras civiles merecen vuestra gratitud».

Cuando, tras pronunciar estas palabras, levantó su cabeza y su boca espumeante, ve allí en pie la sombra del cadáver echado en tierra, temerosa de los miembros sin vida y del odioso confinamiento de su antigua prisión. Le da pavor introducirse en un pecho y en unas entrañas abiertas, y en unas carnes laceradas por la mortal herida. ¡Ay, desventurado, a quien se le arrebató inicualemente el último privilegio de la muerte: no poder ya morir! Se maravilla Ericto de que se les permitan a los destinos estas demoras y, airada contra la muerte, azota el cadáver inmóvil con una serpiente viva y, por las cavernosas grietas del suelo, producidas mediante el encantamiento, ladra a los manes y

rompe el silencio de su reino: «Tisífone, Megera, que no haces caso de mi voz, ¿no empujáis con crueles latigazos a través del vacío del Erebo a esta alma infortunada? Pues ahora yo os voy a hacer salir llamándoos por vuestro nombre verdadero y os dejaré abandonadas, perras de la Estigia, en la luz de aquí arriba; por tumbas y por funerales os perseguiré, vigilándoos, os expulsaré de los túmulos, os ahuyentaré de todas las urnas funerarias. Y a ti, Hécate sórdida de lívida figura, te mostraré así a los dioses, ante los que sueles presentarte con un aspecto distinto y falso, e impediré que cambies tu fisionomía infernal. Divulgaré, Hennea, que festines son los que te retienen debajo de la inmensa mole de la tierra, qué pacto de amor te liga al macabro rey de la noche, que contagios padeciste, por los que Ceres no quiso seguir reclamándote. Contra ti, el peor de los Soberanos del universo, introduciré a Titán, abriendo violentamente tus cavernas, y te sentirás herido por la repentina luz del día. ¿Me obedecéis? ¿O habrá que obligar a intervenir a Aquél, a cuya invocación jamás la tierra deja de sufrir sacudidas de terror, el que mira cara a cara a la Górgona y castiga a la asustada Erinis con sus propios látigos, el que reina en la zona del Tártaro más abajo del alcance de vuestra mirada, para el que vosotros sois los dioses de arriba, y que puede jurar en falso por las ondas de la Estigia?». Al punto se calentó la sangre coagulada, vivificó las negras heridas y corrió por las venas hasta las extremidades del cuerpo. Ante la arremetida, los órganos vitales se estremecen bajo el helado pecho, y una nueva vida, deslizándose por entre las médulas ya deshabitadas a ella, se mezcla a la muerte. Entonces palpitan todas las articulaciones, se tensan los nervios; y el cadáver no se levanta la tierra poco a poco, miembro por miembro: salió despedido del suelo y se enderezó de un solo golpe. Se ensanchan las comisuras y los ojos quedan abiertos. Su aspecto no era aún el de una persona viva, pero era ya el de un moribundo: continúan la palidez y la rigidez, y muestra su estupor al verse devuelto al mundo. Mas ningún murmullo emiten sus labios cerrados: se le conceden voz y lengua sólo para dar respuestas: «Contéstame a lo que te ordeno - dijo la tesalia - a cambio de una gran recompensa; pues, si dices la verdad, te haré inmune a las artes hemónicas para todo lo que dure el universo: en una pira tal y con tales leños quemaré tus miembros a la vez que recito un ensalmo estigio, que tu sombra no prestará ya oídos a los encantamientos de ningún mago. Merezca este gran premio el haber vivido por segunda vez: ni fórmulas ni yerbas mágicas se atreverán a interrumpir tu largo sueño del Leteo cuando yo te haya dado la muerte. A los trípodas y a los que hablan inspirados por los

dioses les vienen bien los vaticinios enigmáticos: retírese con la certeza todo el que reclama la verdad a las sombras y acude animoso a los oráculos de la inflexible muerte. No escatimes nada, te lo ruego: da sus nombres a las cosas, indica los lugares; presta la voz mediante la cual puedan los hados comunicarse conmigo». Añadió además un encantamiento con el que hizo posible a la sombra saber cuanto se le pregunta. Afligido, hecho un mar de lágrimas, respondió el cadáver: «Los funestos hilos de las Parcas no los he visto en realidad, ya que he regresado desde el talud de la ribera apenas tocada; sin embargo, por lo que he alcanzado a conocer de todas las sombras, feroz discordia agita los manes romanos y armas impías han roto la paz del mundo subterráneo; por distintos caminos dejaron los caudillos del Lacio las moradas elíseas y el Tártaro doliente. Ellos hicieron público lo que se proponen los destinos. Entristecido tenían el rostro las sombras de los bienaventurados: vi llorar a los Decios, padre e hijo, almas ofrecidas en holocausto a las guerras, y a Camilo y los Curios, y a Sila, que se quejaba de ti, Fortuna; llora Escipión en su infortunada descendencia que va a perecer en tierras de Libia; un enemigo de Cartago aún mayor, Catón, se apena de los destinos de su nieto que no está dispuesto a ser esclavo: sólo a ti, Bruto, el primer cónsul tras la expulsión de los tiranos, te vi contento entre las almas piadosas. Rotas y hechas trizas sus cadenas, el terrible Catilina se muestra exultante, y lo mismo los feroces Marios y los Cetegos de hombro desnudo; vi yo jubilosos a demagogos de renombre: los Drusos, desmedidos en sus propuestas legislativas, y los Gracos, de una osadía desafortunada; manos atenaizadas por eternas argollas de acero y por la cárcel de Plutón se pusieron a aplaudir, y una turba de culpables reclama las campiñas de los piadosos. El señor del reino de la muerte abre lívidos aposentos, aguza peñas abruptas y duro acero para las cadenas, y prepara así el castigo para el vencedor. Llévate contigo, joven, este consuelo: que los manes están esperando a tu padre y a su casa en un cobijo apacible y reservan en la zona tranquila del reino un lugar para los Pompeyos. Y no te inquiete la gloria de una vida breve: llegará la hora que haga iguales a todos los caudillos. Apresuraos a morir y, orgullosos de la grandeza de vuestro espíritu, descended, aunque sea desde modestas tumbas, y pisotead los manes de divinidades de Roma. Qué túmulo bañará la onda del Nilo y cuál la del Tíber, ésta es la única cuestión; y la lucha entre los jefes es sólo en torno a su funeral. Tú no inquietes tu destino: las Parcas te lo darán a conocer aunque yo me lo calle; profeta más seguro, tu propio padre Pompeyo te lo revelará todo en los campos de Sicilia, sin saber él tampoco

con certeza hacia dónde encarrilarte, de dónde alejarte, qué zonas aconsejarte que evites, qué astros del universo. Temed, infortunados, tanto Europa como Libia y Asía: la fortuna ha repartido los túmulos de acuerdo con vuestros triunfos. ¡Oh familia digna de compasión!, nada verás en todo el orbe más seguro que Ematia». Cuando acabó de exponer así los destinos, queda en pie afligido, con callado semblante, y solicita de nuevo la muerte. Es preciso acudir a ensalmos y yerbas mágicas para que el cadáver se desplome; los hados no pueden reclamar para sí esta vida, por haber ya ejercitado una vez todos sus derechos. Entonces, con numerosos troncos, erige ella una pira; el difunto viene a las llamas. Ericto deja al joven colocado sobre el rimerio encendido, permitiéndole al fin morir, y acompaña a Sexto al campamento de su padre; y, cuando el cielo apuntaba ya los tintes del amanecer, la noche, bajo la orden de retener el día hasta que alcanzaran sin peligro las tiendas, les procuró unas espesas tinieblas.”

Ed. Gredos. Trad. Antonio Holgado Redondo

Heliodoro: *Etiópicas* VI 14-15

Heliodoro narra como el sacerdote Calastris y la heroína Cariclea, viajando por Egipto, se encuentran con una vieja mujer que ha perdido a su hijo. Ésta les invita a pasar la noche y, en este contexto, los dos viajeros presencian con temor como la mujer realiza un ritual de reanimación nigromántica sobre su hijo.

“Cuando terminó de hablar, Calasiris tradujo a Cariclea todo lo que la anciana había dicho, y los dos se fueron de allí. Un poco más allá del que había sido campo de batalla, encontraron un pequeño montículo. Allí se acostó él, apoyando la cabeza en la aljaba; Cariclea se sentó, utilizando de asiento el morral. Acababa de salir la luna, que iluminaba todo el contorno con su blanca luz, pues era el tercer día de luna llena. Calasiris, viejo y cansado del camino, se durmió; Cariclea, a quien las prolongadas preocupaciones quitaban el sueño, fue testigo de una escena impura, pero habitual entre las mujeres

egipcias. En efecto, la vieja, creyendo que nadie la molestaría y que podría actuar con tranquilidad porque nadie la observaba, cavó primero una hoya y luego prendió dos piras, en medio de las cuales colocó el cadáver de su hijo. Sacó a continuación de una trébede que había a su lado una copa de arcilla llena de miel y la vertió sobre la hoya; hizo luego otra libación con otra de leche y finalmente una tercera de vino. Después cogió un pastel de manteca que tenía forma de hombre y tras coronarlo con laurel e hinojo lo echó también en la hoya. Acto seguido, tomó una espada y entre convulsiones frenéticas, propias de un poseso, dirigió a la luna ciertos hechizos en lengua bárbara y extranjera, se hizo una incisión en el brazo, se enjugó la sangre con una rama de laurel y roció con ella la pira. Después de algunas otras prácticas, igualmente portentosas, se inclinó sobre el cadáver de su hijo, lo conjuró con ciertas fórmulas mágicas pronunciadas al oído, le despertó y le obligó con sus brujerías a ponerse de pie. Cariclea, que ni al principio había estado espionando sin temor, sintió entonces un estremecimiento de terror y, espantada ante tales prodigios extraordinarios, despertó a Calasiris, para que también él pudiera presenciar estos hechos. Como estaban en la oscuridad, no podían ser vistos, pero observaban con claridad lo que ocurría a la luz de la luna y de la pira; tampoco estaban lejos, de manera que podían oír lo que la vieja decía, pues ahora preguntaba en voz más alta al cadáver. Y lo que le preguntaba era si su hermano, el hijo que todavía le quedaba a ella, regresaría sano y salvo. Él no respondió nada, pero hizo una señal de asentimiento con la cabeza, que su madre podría interpretar de acuerdo con sus esperanzas; seguidamente, se desplomó tendido de bruces. Ella hizo girar su cuerpo, poniéndolo boca arriba, e insistió en su pregunta, pero en términos ahora, al parecer, más violentos y conminatorios; pronunciaba de nuevo en sus oídos numerosos hechizos y se lanzaba espada en mano alternativamente hacia la pira y hacia la hoya, hasta que logró que de nuevo se incorporara. Una vez él de pie, volvió a interrogarle acerca de lo mismo, constriñéndole a que declarara con toda claridad su vaticinio, no sólo con movimientos de cabeza, sino de palabra también.

Mientras la vieja se entregaba a tales brujerías, Cariclea no dejaba de implorar a Calasiris que se acercaran ellos también para preguntarle por Teágenes. Él rehusaba y afirmaba que ya de por sí el espectáculo era una acción impía que únicamente presenciaban porque no tenían otra alternativa. Los sacerdotes no debían tomar parte ni

asistir a tales sacrilegios, pues ellos practicaban la adivinación mediante sacrificios rituales y plegarias puras, a diferencia de los profanos, que lo único que hacían era reptar, en el sentido estricto de la palabra, por tierra entre cadáveres, como la egipcia les había deparado ocasión de ver.

Mientras todavía hablaba, el cadáver con un murmullo grave y siniestro que parecía salir de las profundidades de la tierra o del abismo de una caverna declaró: — Al principio, madre, he tenido piedad de ti, aunque quebrantabas la ley de la humana naturaleza y violentabas los sagrados ordenamientos de las Parcas. He soportado también verte mover lo inmutable con tus brujerías, sólo porque pervive aún entre los muertos un cierto respeto por los padres. Mas, ya que incluso ese principio quieres, en lo que a ti concierne, destruir, y no sólo has realizado al comienzo actos impíos, sino que has llegado ya a una maldad nefanda y sin límites, al forzar a un cadáver primero a ponerse en pie y responderte con un movimiento de cabeza, y luego también a hablar, descuidando mis honras fúnebres e impidiendo a mi alma que se reúna con las demás, sin pensar más que en servirte de mí como un instrumento, escucha lo que antes procuraba no revelarte. Ni tu hijo regresará sano y salvo, ni escaparás tú de una muerte violenta mediante un arma. Has pasado tu vida dedicada a tales ofensas sacrílegas, y por eso tendrás que arrastrar bien pronto el violento final reservado para todos los que hacen como tú. Además, ni siquiera tuviste la precaución de celebrar estos abominables misterios en la soledad, el silencio y la sombra, sino que has osado practicar tu exorcismo con los destinos de los muertos, en presencia de unos 4 testigos como los que hay ahora. Uno es un sacerdote — esto no es lo peor, porque es sabio, como para poner un sello de silencio en su boca y no revelar nunca nada, y además amigo de los dioses. Su aparición, si se da prisa, evitará y pondrá fin al sanguinario combate de sus hijos, justo en el momento en que ellos, ya armados, estén a punto de darse muerte en singular combate. Pero lo que es más grave es que también una muchacha oiga y sea testigo presencial de todo esto: una pobre mujercita arrastrada por los torbellinos del amor, que vaga por toda la tierra, por decirlo así, en busca de su amado, con quien después de mil fatigas y mil peligros compartirá en los confines extremos de la tierra el relumbrante destino de una reina.

Dicho esto, se desplomó y quedó tendido en tierra. La vieja comprendió que eran los extranjeros quienes habían estado observando, y, tal y como estaba, armada con la espada

y loca de furia, se lanzó contra ellos y se precipitó a buscarlos por entre los cadáveres. Sospechaba que se habían ocultado entre los muertos y llevaba intención de matarlos si los encontraba, como si ellos hubieran espiado sus actos de brujería con un insidioso propósito de conseguir el efecto contrario. La cólera, mientras indagaba entre los cadáveres, la cegaba, y así, sin darse cuenta, el trozo de una lanza rota que estaba en punta se le clavó en la ingle, y le atravesó de parte a parte. Cayó muerta, cumpliendo con tanta prontitud el justo castigo vaticinado por su hijo.”

Ed. Gredos. Trad. Emilio Crespo Güemes.

Platón:

En estos fragmentos de las dos obras de Platón *República* y *Leyes* se puede observar como el filósofo describe peyorativamente a los psuchagōgoi y sus actividades.

República 364b-c.

“[...] Pero los relatos que cuentan acerca de los dioses y de la excelencia son los más asombrosos de todos: los dioses han acordado. a la mayoría de los buenos, infortunios y una vida desdichada. en tanto que a los malos la suerte contraria. Sacerdotes mendicantes y adivinos acuden a las puertas de los ricos. convenciéndolos de que han sido provistos por los dioses de un poder de reparar, mediante sacrificios y encantamientos acompañados de festines placenteros, cualquier delito cometido por uno mismo o por sus antepasados; o bien, si se quiere dañar a algún adversario por un precio reducido, trátese de un hombre justo lo mismo que de uno injusto, por medio de encantamientos y ligaduras mágicas, ya que - según afirman - han persuadido a los dioses y los tienen a su servicio. Como testigos de todas estas narraciones ponen a los poetas.”

Ed. Gredos. Trad. Conrado Eggers Lan

Leyes 909 a-b.

“[...] Cuando se haya cumplido el tiempo de prisión, en el caso de que alguno de ellos parezca comportarse con prudencia, habite con los prudentes, pero si no, si nuevamente se hiciere merecedor de un castigo semejante, sea castigado con la muerte. Todos los que, además de no creer en los dioses o creer que no se preocupan o que se pueden apaciguar, adquieran una naturaleza bestial y, despreciando la humanidad, engatusen el alma de numerosos vivos porque dicen que pueden convocar el alma de los muertos y porque prometen persuadir a los dioses, como si los embaucaran con sacrificios, plegarias y encantamientos, e intenten aniquilar de raíz casas y ciudades enteras por el dinero, de eso, sostengo, si alguien pareciera ser culpable, condénelo el tribunal a ser encarcelado según la ley en la cárcel del interior del país, pero nunca se acerque a ellos ningún hombre libre, sino que reciban de esclavos la comida ordenada por los guardianes de la ley.”

Ed. Gredos. Trad. Francisco Lisi.